HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta…

EL CORAZÓN DELATOR

VERSIÓN LIBRE DEL CUENTO DE
EDGAR ALLAN POE

(*5*)

Como cada noche, subió a la terraza de su casa, se paró con vista al vacío, y encendió un nuevo cigarrillo.

Como cada noche, se detuvo a mirar la vasta vista que le ofrecía aquella altura, y se descubrió inmerso en esa maldita realidad.

Pitó, miró a un lado; luego al otro.

No lo toleraba más.

No lo soportaba.

Aquel anciano con el que vivía EL culpable de convertir la vida de Edgar en un infierno aún mayor del que padecía.

Es decir, la idea de asesinarlo no era nueva. De alguna forma siempre supo que iba a terminar matándolo.

- Lo mato!! Lo mato!! Mirá lo que hizo! – gritó Edgar, desesperado, tres meses antes de la escena de la terraza.

A metros de él, estaba su novia Berenice, abandonándolo.

- No me importa el viejo! Eso es tu problema! – dijo ella, y lanzó algunas ropas más a la valija. Inmediatamente, se lanzó encima para poder cerrarla.

- Deje que la ayudo, señorita! – se esmeró el anciano.

Pero Edgar lo detuvo.

- No, no, no. Usted se queda acá!

- Pero…

- Pero nada! Es mi problema!

Las cosas estaban por demás confusas.

Era una tarde de marzo cuando Edgar y Berenice se pusieron a discutir. Sorpresivamente sonó el timbre.

- Deben ser los vecinos! – dijo él, temeroso de vivir otra revuelta de vecinos quejosos y policías.

- Me importa tres mierdas quiénes sean! Me voy! Y esta vez es para siempre! – dijo la chica, como hizo otras 15 oportunidades diferentes.

Pero ese día cumplió.

- Cómo que te vas?! – la atajó por el brazo. – No me podés dejar así!

- Soltame!

Nuevamente el timbre.

- Timbre.

- Atendé. Es tu casa!

- No te vayas…

Timbre otra vez.

Edgar corrió apresurado hasta la puerta. Tendría que despachar a los vecinos y/o policía lo más pronto posible, y retomar el diálogo con su chica para pedirle (o rogarle) que se quede.

Pero cuando abrió la puerta, se encontró con una sorpresa.

- Hola, soy Tito. – dijo el viejo con una sonrisa amena.

Se trataba de un anciano de unos 70 años, de aspecto senil, calvo, con algunos pelos plateados en la nuca. Tenía un puñado de arrugas en la frente, sobre todo cuando sonreía. Llevaba un bigote gris elegante que ya había dejado de serlo junto con el percudido saco gris. Pero eso no era todo. Había algo más, un punto llamativo en su rostro, un detalle que haría que cualquiera clavara la vista y no pudiera salir de él. Se trataba de un maldito ojo tan ciego blanco… un ojo sumergido en una diabólica crema blanca, un ojo nefasto…

- No escucho religiones, no compro nada, no doy comida, y no... – dijo Edgar mientras volvía a cerrar la puerta, cuando el viejo lo interrumpió:

- Soy Tito.

- No lo conozco, señor. No conozco ningún Tito!... Ahora, si me permite… Tengo problemas que atend...

- Vengo con una carta! – insistió el anciano, y sacó un sobre del bolsillo interno de su saco – Quizás se acuerde.

El joven quitó la vista del ojo, y la dirigió al asunto en cuestión.

Se volteó a observar a Berenice: ya había alcanzado la valija y había empezado a juntar su ropa. En menos de minuto leería superficialmente aquella carta, echaría al viejo, y la alcanzaría antes que ella termine.

Mientras tanto, volvió al papel. Sorpresivamente, sus recuerdos dieron un desquiciado giro al pasado, exactamente diez años atrás.

Diez años atrás, Edgar estaba en el cuarto de su amigo Julrich, compartiendo un inmenso cigarrillo de marihuana. Se habían sentado en el piso a escuchar música y hablar de lo que sea.

- Te conté que de nuevo mi viejo se desmayó en la calle? – comentó el dueño de casa.

- Qué le pasó?

- Ni me hagas acordar! – alardeó - Tuve que ir a buscarlo al Hospital. Lo peor de todo, fue que un transeúnte se aprovechó de la situación y lo violó.

- Pero, que decís?! – preguntó Edgar indignado, pero al borde de la risa.

- La policía está investigando si fue un tipo o más. – pausa y mueca – Es que el culo de mi viejo quedó como un florero y se abrió la duda. – y comenzó a reír a carcajadas.

Fue cuando Edgar se dio cuenta que era un chiste.

- Lo! Pero lo que es cierto es que se volvió a desmayar.

- No fue al médico?... Porque con lo de la otra vez... – en referencia a la vez que habían encontrado al hombre cagando en el medio de una avenida.

- Está con estudios. Ahora, me decís qué hago si mi viejo se enferma?

- Mientras que no se vuelva ga-ga, podés llevarlo adelante. El tema es que si te empieza a hacer quilombo…

- Prometeme algo. – pidió Julrich, y preso de un extraño pánico, corrió hasta una lapicera y un papel. – Prometeme que si me pasa algo, te vas a encargar de cuidarlo.

- Pero, qué decís? Estás bien, Jul? Qué te puede pasar?

El joven escribió en el papel y se lo entregó con la lapicera.

- Firmalo ahí abajo. Por favor! Y… y aclarame la firma.

- Pará un poco, Julrich! Estás pasado de revoluciones! – dijo Edgar, poniéndose de pie para contenerlo. – Qué te pasa que te pusiste así?

- Te acordás de mi vieja?... Mi vieja tuvo un tumor cerebral, y para mí fue un horror cuidarla. Si mi papá tiene algo parecido, la casa se va a caer a pedazos conmigo. No voy a dar abasto para mantenerla con mi viejo así.

- Pero, eso no va a pasar! Soy tu amigo y te voy a ayudar en lo que sea!!

- En ese caso, firmame acá y dejame en paz. Por lo menos para que se me vaya el miedo. – y miró a su amigo con ojos de perrito.

Edgar no tuvo más remedio que firmar.

Diez años después, Edgar tenía 28 años, y en plena discusión con su novia, recibió la novedad que el pasado siempre vuelve para cobrarse.

"Esto es intolerante. No aguanto más. Me estoy volviendo loco. No puedo mantener la casa, y no puedo cuidarlo. Al final de cuentas pasó. Y acá estoy para hacerte recordar la promesa…"

Edgar alzó la vista y se encontró con el padre de su amigo, sonriéndole.

- Vio, joven? Vio que había un Tito en su vida!

"… Si no pudiste ayudarme en su momento porque te mudaste con esa perra de Berenice, por lo menos te pido que me cumplas ahora y que no le pase nada. Que tengas la mejor suerte. Un abrazo. Julrich."

- Se suicidó. Se pegó un tiro en la frente. – explicó el anciano, e inmediatamente le entregó la copia del trato.

Edgar se congeló.

- Yo lo vi cuando se disparó. – continuó el anciano. – Y antes de morirse me pidió que te traiga esto hasta tu casa… – y dio un paso al comedor - … que entre al comedor… - y se bajó la bragueta –… y te mee el piso. – y el hombre asomó su pene para comenzar a orinar.

- Lo mato!! Lo mato!! Mirá lo que hizo! – gritó Edgar, desesperado…

Segundos después, Berenice se iría para siempre.

- Y ahora que mierda hago? – se preguntó Edgar, sentado en el sillón, frente al otro sillón donde se encontraba el viejo Tito.

- Vamos al supermercado a comprar la cena. Cocinás vos! – dijo el viejo, preso de aquella demencial alegría.

- No hablaba de eso! Digo qué mierda hago con Berenice?!

- Que esa puta se vaya… - respondió con total naturalidad e inocencia.

- Qué decís, viejo pelotudo? Es mi novia!

- Por lo que veo, ya no. Se fue sin saludarnos. O por lo menos, te mandó a la mierda!

- Es que discutimos...

- Tiene apariencia de puta. – continuó.

- Terminala!

- Puta! – soltó al aire, tal como un niño lo haría.

- Basta!

- Puta! Puta! Puta!

- Basta, mierda! – dijo Edgar, poniéndose de pie, irguiéndose con su típica figura retorcida en nervios. – Quiero que se vaya ahora mismo o llamo a la policía. – y el timbre sonó.

Edgar corrió a la puerta, la abrió y nunca fue tan feliz de ver a un policía.

- Buenas noches. Otra vez peleándose con su novia?

- Un hombre me meó el comedor! – dijo Edgar y apuntó.

- Qué dice?! – preguntó el policía, y siguió el dedo del muchacho. El mismo apuntaba al piso de madera y la inmensa aureola en forma de corazón.

- Es del viejo ese que está allá!

- Deje que le explique. – dijo Tito, acercándose a la autoridad con sus pruebas de adopción.

Al día siguiente, Edgar estaba en la casa de su amigo López, ambos sentados frente a la computadora, compartiendo un juego y un porro.

- Me estás jodiendo?! Cómo vas a tener que hacerte cargo de un viejo porque firmaste un papelito de mierda?! – preguntó López, extrañado, pitando y dando un volantazo con las flechas del teclado a su coche virtual.

- Decile lo mismo a los de la comisaría. Intervino un juez.

- Intervino un juez?!

- El viejo no paraba de hablar, no paraba de excusarse, y de contar la historia de Julrich…

- No puedo creer ese imbécil te haya echo esto. Me lo imaginaba un poco loco, pero no para tanto… Y ahora?

- Ahora lo tengo en casa, esperando a ver donde puedo ubicarlo.

Increíblemente, la vida de Edgar había dado un gran giro. Tras intentar explicarle al policía acerca del hombre, el anciano se ganó un viaje al destacamento para dejar asentado que Edgar tenía la obligación de adoptarlo. Más allá de su senilidad, había actuado odiosamente despierto, ubicando ciertas palabras y estrategias en los puntos justos.

Fue cuando un juez de emergencia dictó la sentencia.

- No quiero problemas, señor. – dijo el policía, despidiéndose tras devolver a Edgar y al anciano a la casa. – Sabemos que es difícil de aceptar, pero es la ley. Así que contrólese con este pobre hombre, o tendremos que actuar duramente. – pausa. – Buenas noches y buena suerte.

El agente se retiró. Edgar se volteó. Tito le sonrió con su dentadura.

Edgar alzó el dedo… Estaba por putearlo, pero prefirió un atajo.

- Cocinás vos! – y cerró de un portazo.

- Pero, el viejo no tiene casa? – preguntó López, tratando de hallar una salida para su amigo.

- Alquilaban. Tuvieron que vender la otra y fueron a parar a un lugar de mierda, según el viejo.

- Cagaste, amigo. – y lo tomó del hombro con aire gracioso. – Prometo ayudarte en lo que pueda, pero cagaste…

- No te rías. Sabés lo que se siente tener al padre de alguien en tu casa, vaciándote la heladera. – y se explicó. – Antes de venir para acá, tuve ponerle una cadena, como para que no se coma todo.

La noche anterior, Edgar no sólo había desquiciado por la cantidad incoherencias que el viejo decía, ni por sus gases, ni siquiera por aquel detalle de cagar arriba de la mesa, sino por la cantidad de alimento que constantemente ingería de un lado a otro de la casa.

- La puede acabar con caminar por toda la casa, comiendo y comiendo?! – le pidió Edgar, algo alterando.

A unos metros, el reloj de pared marcaba las dos de la mañana. A cierta distancia, Tito se alejaba con un pan a medio roer.

- Ya es hora de dormir! Que mañana tengo que resolver esta mierda en la que me metió, viejo de mierda!

- Lo decís por la mierda de la mesa? – dijo con una sonrisilla pícara, llegando al otro extremo de la casa, para ocupar el que fuera el sillón favorito del dueño de casa.

- Ni me haga acordar, carajo! Ahora, lo que le pido: a dormir!

- No, no y no! – dijo el viejo, sentado, royendo, con su ojo sano tildado en la nada, y su ojo cremoso atravesando el horizonte. – Me quiero quedar a comer este rico pancito.

Edgar se sintió acuchillado por el frenesí. Si bien no hizo nada, su alma dio un salto y aterrizó sobre el viejo. Pero tampoco pudo hacerle nada. El viejo seguía allí, poniendo ese tonito infantil, esas sonrisitas estúpidas, y con ese buche que masticaba y masticaba… Pero por sobre todo, el viejo seguía ahí, con aquel maldito ojo cremoso cada vez más llamativo.

- Deje… ese… puto… pan!! – por fin pudo Edgar, entre dientes, con el ceño completamente fruncido y una pose amenazante.

- Pan rico. Rico, rico, rico. – dijo el viejo tontamente, sin inmutarse.

- Deje… el… pan!!

- Rico, rico, puta, puta.

Y Edgar se lanzó a correr con toda la fuerza, con toda la furia, dejándose llevar por aquellas maravillosas ganas de asesinar. Y cayó sobre el viejo para tomarlo del chaleco a rombos bajo el saco.

- Estás muerto. – le susurró.

- No, no, no. Vos. Porque si muero, la policía te mata a vos. Acordate lo que dijo el oficial bueno.

Y Edgar se congeló.

Como se congeló la noche siguiente, cuando volvió de lo de López y se encontró con que la heladera había sido violada y vaciada por completo.

Como también se congeló cuando otras tantas oportunidad volvió a casa, y se encontró con las reservas devoradas, las migas, y la mugre.

Y se fue congelando una y otra y otra vez, mientras Tito siguió defecando y orinando por cualquier parte de la casa, rompiendo cosas, perdiendo cosas, y convirtiendo a la casa en una reverenda pocilga.

- Estás despedido. – dijo el jefe.

- Pero, qué dice?! Cómo me despide?! Si no hice nada malo.

- Estás hecho un desastre.

Y era verdad. Edgar desentonaba por completo con la oficina. En tan solo dos meses de la presencia del anciano, el joven se había convertido en un ser amargo, decrépito, desarreglado, usando ropa sucia y arrugada, oliendo a cientos de cigarrillos, orín y angustia.

- Te conté el problema que estoy viviendo. Del viejo que me está volviendo loco. Me tienen agarrado de las pelotas! Si lo dejo en la calle, me cae la policía encima y me mete preso de por vida.

- Ya era hora que solucionaras ese tema. Aparte, no es excusa para venir a trabajar de esta forma… y que te vean haciendo esas cosas… - y encendió un cigarrillo para continuar con total y despreciable serenidad. – Te vieron tirándote pedos con ruido, comiéndote la cera del oído, hablando solo, puteando en voz baja a los compañeros que te pasan cerca. Son muchas cosas, Edgar. Y no pude permitir arriesgar a la empresa.

- “Arriesgar”? “Arriesgar” qué?!

- Arriesgar a que sigas en ese estado y te vuelvas loco.

- Es eso! – dijo Edgar, poniéndose de pie, tenso e indignado. – Me están echando antes que me vuelva loco por miedo a que los demande! Es eso!!

- Hay 20 mil pesos para que te vayas y que todo se termine acá. Para serte franco, es la mitad de lo que la empresa pagaría por un juicio que seguramente perderías. Que preferís? La oferta es hoy, ahora, ya.

- Donde firmo? – preguntó Edgar, atragantándose con su orgullo.

Cuando salió a la calle con el cheque en mano, se podría decir que su alma volvió al cuerpo. Su semblante y postura cambió por completo. Con 20 mil pesos en mano podía conseguir un montón de cosas, generar negocios y más dinero. Pero entre todas, podría deshacerse del viejo de la mejor forma.

- Si vive dos años, es mucho. – le explicó López, nuevamente sentados frente a la pantalla de la computadora jugando uno de esos maravillosos juegos. - Contrato un enfermero barato que solo sirva para contenerlo, y me salvo hasta que se muera.

- Viste, pelotudo? – dijo López, con una sonrisa, pasándole el cigarrillo de marihuana. – Al final de cuentas, el viejo te vino bárbaro.

Y si bien pudo haber sido así, las causalidades del destino quisieron que la historia tome otro rumbo… es decir, el rumbo mediocre de siempre: esa noche, después de regresar de lo de López, Edgar se encontró con el anciano tirado en el medio del comedor, rodeado de migas y restos de comida.

- Pero, que dice?! 21 mil pesos un corazón artificial?! – gritó Edgar, desesperado, en el medio del hall del Hospital de Transplantes de Tammerlane. – De eso no se encarga el Estado?

- De qué? – preguntó el doctor, Presidente de la Institución.

- De pagar estas cosas!

- Le recuerdo que el mismo Estado fue el que dio por quebrado al Hospital! – atacó una enfermera que participaba del círculo que se había formado. También asistía a la reunión el policía de siempre.

Nadie lo entendía, nadie lo comprendía. Todos observaban pero se mantenían tan ajenos a su condena. Allí estaban, esas tres personas, comentándole del dinero que tendría que desembolsar para el corazón artificial que le habían tenido que poner a Tito de urgencia.

Allí estaba Edgar, obligado por firmar la autorización obligatoria, obligada por la misma Ley que lo obligaba a encargarse cien por ciento del viejo. (drogas)

- Tenemos entendido que acaba de cobrar un cheque de su trabajo. Tiene dos opciones… - explicó el doctor – o nos paga, o le hacemos juicio y lo hundimos de por vida.

Edgar tragó la gran bola de saliva. Enseguida dio media vuelta, para lanzarse a correr a los gritos hacia la ventana al final del pasillo. En su cabeza retumbaba la idea de que si el fin había llegado, que sea por cuenta propia y no

por aquel maldito Tammerlane chupasangre. Pero cuando llegó a la ventana, algo lo detuvo. No fue un grito, ni un llamado, ni siquiera el más mínimo grado de amor propio. Cuando llegó a la ventana, volvió a su cuerpo una vez más la imagen del viejo, su ojo, y la gloriosa sensación de poder asesinarlo, destrozarlo, molerlo, hacerlo polvillo.

Y sin decir una palabra, jugando el juego que todos jugaban, Edgar entregó el cheque y volvió a casa a descansar, mientras que Tito se recuperaba internado tras la intervención quirúrgica.

Un mes después, Edgar se despertó por la tarde, con una resaca mortífera. Tenía la piel amarillenta de beber alcohol por días y apenas asomarse a la calle. Se vistió como pudo, tomó un taxi y se dirigió al Hospital para realizar los trámites que le devolverían a Tito tras el alta.

Acabado el papeleo, se dirigió a la salida, y aguardó a que le traigan al anciano para transportarlo en una ambulancia.

Hacía mucho tiempo que no veía al viejo. Acostumbrado a todos los problemas que le acarreaba, aquel mes de descanso había sido glorioso para su vida. Lamentablemente, Edgar se había dedicado a sufrir por las circunstancias, hundirse cada vez más en su locura, y pasarse los días y las noches, drogado y borracho, frecuentando bares y prostíbulos.

- Qué hay de cenar? – dijo la voz de niño del viejo senil, volviéndolo a la realidad. Y cuando volteó a aquella monstruosidad que le había robado su destino, sólo pudo detenerse en aquel detalle, en aquel maldito ojo en blanco, y ese corazón que palpitaba mecánicamente detrás de las costuras.

Llegaron a la casa, cerca de las siete, y para esa altura del día, la vida de Edgar ya había dejado de tener sentido. No sólo ya lo había perdido antes, sino que el retorno triunfal del viejo, le advertía el fin de su existencia.

Y todo fue silencio, todo fue quietud.

Edgar se dedicó a cocinar, a servir, a entregar comida y más comida, para luego sentarse a la mesa, con su plato vacío y sin hambre, a contemplar aquella cadena de desgracias ambulante.

Y allí lo tuvo, a una corta distancia, el viejito que mascaba pan, que roía y miraba al vacío, con un ojo tildado y el otro en blanco. Y con aquel maldito corazón artificial que le había robado su cheque y algo más.

Y lo odió. Lo odió por donde lo miró.

Tras cientos de minutos de observarlo, se puso de pie, y como cada noche, de las noches de soledad, el muchacho subió a la terraza.

Una vez allí, se paró con vista al paisaje, encendió un nuevo cigarrillo, y contempló la deplorable realidad que le ofrecía su Tammerlane de toda la vida.

Y por última vez pensó en ello.

Las penumbras de su casa lo sorprendieron moviéndose con sigilo, lo más lentamente posible, calculando cada paso, cada deslizamiento de sus músculos. Con una respiración cautelosa, agudizando todos los sentidos, especialmente el del oído, llegó hasta la habitación del viejo, y abrió la puerta.

Cuando por fin pudo ingresar, continuó con su rastrero recorrido hasta pararse junto a la cama, y contemplar esa bola de oscuridad.

Entonces Edgar sacó de entre sus ropas el puntero láser que había comprado hacía días en un viaje en colectivo, y disparó su luz en búsqueda de aquella maldita carga en su cerebro: el ojo ciego.

Automáticamente se llevó por delante una inmensa sorpresa: el ojo estaba abierto, despierto antes de lo previsto, contemplando junto al ojo sano el misterioso hilo de luz roja que se proyectaba en medio de la noche.

Tito no supo qué pensar. Y si bien su cerebro no podía pensar lo suficiente, cierto sector de materia gris dio un golpe de alerta: todo su miedo se tradujo en su casi inválido cuerpo a través de un gran bolo de saliva que tragar, y un acelerado golpetear de su corazón artificial.

Edgar oyó el sonido, aquel vil sonido del artefacto que había acabado con su existencia, con su futuro, con toda chance de volver a ser.

Y sin más vueltas, el puñal aterrizó en la carne del viejo, una y otra y otra vez, hasta que todo vestigio de vida desapareció en aquel cuerpo.

Horas después, reinaba cierto clima sereno, cierta paz añorada, cierto aire a que todo se había acabado.

Edgar se encontraba sentado en su sillón favorito, con el reloj marcando las cinco de la mañana, y una pulcritud perfecta en el hogar, la cual no indicaba el más mínimo indicio alguno de un crimen.

Para ocultarlo, el muchacho se había encargado de desmembrar al anciano, y enterrarlo bajo las tablas del piso del comedor, allá abajo, en un pozo lo bastante profundo.

Miró a un lado y otro, y supo que todo estaba resultando demasiado perfecto. Y perfecto era que no haya entrado en un colapso nervioso, y se haya podido controlar no sólo durante el asesinato, sino cuando tuvo que trabajar de esa forma tan coordinada.

Si todo marchaba bien, en cierto futuro podría retomar las riendas de su vida, y volver a salir adelante como persona. Sencillamente eso era lo único que esperaba.

Sonrió.

Fue cuando un imprevisto timbrazo lo puso de pie.

Edgar llegó hasta la puerta, rogando que no sea lo que imaginaba. Pero, nadie toca timbre así porque sí, un día en la semana, a las cinco de la mañana.

Antes de preguntar quién, era tragó saliva, afinó sus cuerdas vocales, y e intentó mentalizarse como inocente.

- Policía! Abra la puerta, por favor! – dijo la voz de siempre.

Edgar obedeció.

- Buenas noches. En qué lo puedo ayudar? Estaba a punto de salir a comprar el diario para buscar trabajo. – dijo. Sus palabras sonaban contenidas por una fuerza invisible, y cierto calor recorría su cuerpo.

- Venimos a ver a Tito. – dijo el policía, y enseguida se mando directo al comedor, acompañado por otros dos policías y un enfermero.

- Pero, qué pasó?! No entiendo…

- El Hospital recibió la señal que el corazón artificial se detuvo. El hombre puede estar en peligro. Usted lo vio esta noche?

- Lo… lo… lo vi irse a dormir. – alcanzó a decir el pobre Edgar, desconcertado, perdido. No podía creer el cuento del corazón. – Solamente lo vi irse a… a dormir… Nada más.

Se miró a sí mismo, y se encontró en el medio del comedor, de pie como una estaca. Tuvo miedo y corrió a guarecerse al sillón. Debía recuperar el aliento para continuar hablando.

- Le pasa algo, señor Poe? – preguntó el policía.

Edgar negó con la cabeza.

- Repito: le pasa algo?

Qué iba a sucederle?... Si todo marchaba lo más bien.

Salvo por un pequeño detalle…

- Por qué sonríe, señor Poe?

Edgar se llevó la mano a la boca.

O mejor, tendría que haberse tapado los oídos.

El maldito corazón. El maldito corazón…

El policía ingresó a los cuartos y no encontró nada. Enseguida, regresó al comedor y se paró sobre las tablas que contenían el cuerpo del viejo.

- Dónde está el anciano? – insistió.

Y Edgar se llevó las manos a las orejas. Se las tapó y pretendió no escuchar. De todas formas, ese sonido, como aquel ojo, como la maldita presencia del viejo, iban a seguir por siempre torturándolo.

Sorpresivamente, se lanzó del sillón de rodillas al piso, y alzó sus brazos al techo, al Cielo, a Dios y a la Ley de Tammerlane.

Lanzó gritos incoherentes, levantó las tablas y se proclamó asesino de aquel corazón delator.

- Pero, que mierda?!... – dijo el policía, y apuntó con su arma. Los otros dos policías también imitaron el gesto.

Y Edgar no tuvo más remedio que conformarse con la esperanza que en la cárcel todo marcharía en paz.

FIN

HISTORIAS DE TAMMERLANE ES © 1998 – 2006 FEDERICO TARÁNTOLA
federicotarantola@yahoo.com.ar
aceitedecastor@yahoo.com.ar
www.tammerlane.com.ar